



Ediciones La uña RoTa

Misión del ágrafo **Antonio Valdecantos**

El ágrafo cumple la ingrata función de poner de manifiesto que todos los que escribimos somos impostores

«La apología del ágrafo es un tarea necesaria y quizás inaplazable», advierte al lector Antonio Valdecantos en las primeras páginas de *Misión del ágrafo*; una labor que le lleva a diseccionar la figura del que no escribe y no publica; de aquel que padece, entre otros males, de respeto reverencial a la palabra escrita y de compulsión lectora, «tara que se pondrá de manifiesto tan solo en una fase avanzada del mal, después de haber devorado varios miles de libros».

Antonio Valdecantos, profesor de filosofía y «grafómano excelente», construye con perspicacia, ingenio, elegancia y fina ironía –«insólita ironía» ha escrito en alguna ocasión Sánchez Ferlosio–, un tratado sobre la escritura al revés, ya que ágrafo y grafómano, Bartleby y Antibartleby, comparten igual pasión por la escritura. «Se quiere escribir –ávidamente– o se quiere no escribir –tenazmente– porque el solo deseo de escritura torna imposible decir lo que se desea», según apunta José Manuel Cuesta Abad en el prólogo del libro.

Misión del ágrafo es también reflejo del escritor moralista y provocador que es Antonio Valdecantos y que en la historia de la literatura y del pensamiento han encarnado grandes grafómanos como Montaigne –a quien el autor dedica la nota final– La Bruyère, La Rochefoucauld, Gracián, Shaftesbury, Diderot, Nietzsche o Chesterton.

El ágrafo

Ágrafo es el nombre que se le da a quien ha escrito lo imprescindible para la supervivencia o no ha llegado ni a eso. No basta, sin embargo, con abstenerse de escribir para merecer esa denominación (tantas veces rodeada de prestigio), que solo recibe quien, debiendo ser, por su sabiduría, su agudeza y su talento, un escritor prolífico o, por lo menos, no esquivo, incumple su destino y se retrae de la escritura con severa abstinencia, y en algunos casos con rigor intransigente. Nadie aplicará, desde luego, este nombre a aquel cuyos libros u opúsculos no se echan nunca de menos, porque el nombre de ágrafo se impone a quien, de llegar a publicar seis o siete cuartillas, suscitara con ellas una atención mayor que la publicada por seis o siete mil páginas. [p. 24]

Ágrafo vs. grafómano

El grafómano taciturno es un ágrafo al revés que, cada vez que tiene algo que decir, lo calla y lo escribe, y que actúa de ese modo porque el habla se le apaga de manera parecida a lo que le ocurre al ágrafo con la escritura. [p. 41]

La lectura digital

Colgar un texto en la red (salvo que sean diez líneas en las que se participa a los amigos la opinión adversa sobre cierto diputado u obispo, o la noticia de que uno ha cenado alcachofas o visitado la estatua de la Libertad, que es el tipo de asuntos a cuya difusión se dedican principalmente las llamadas nuevas tecnologías) no implica de ningún modo asegurarse lectores, e incluso resulta ser un acto condenado de ordinario a la soledad más onanista. [...] Conforme a esta ficción, todo material publicado tiene como destino el ser leído, sin limitaciones y de manera lúcida y docta, por gentes esclarecidas que lo aprovecharán para su perfeccionamiento moral. [p. 67]

La firma

Una cultura en la que las publicaciones circularan sin firma habría dejado de ser cultura, y en ella el ágrafo escribiría y publicaría abundantísimamente, mientras que la mayor parte de los grafómanos no habría llegado a entregarse a ese vicio. Huelga decir que un reino así conciliaría felicidad y virtud, y también que las expectativas de verlo en este mundo son francamente inverosímiles. [p. 46]

La autoridad

Podría opinarse que la agrafía es hija de la condición autoritaria de los textos y del hábito de tomarlos como un repertorio de verdades, pero la autoridad y la verdad que afligen al ágrafo y que abortan su escritura son cosa bien paradójica, porque corresponden a alguien que, de llegar a escribir, no sería creído ni obedecido por nadie. [...] Los libros que el ágrafo no escribe pertenecen, sin lugar a dudas, a la clase de los que, de haber sido publicados, no compraría nadie. [p. 53]

El «desecritor»

Muchos ágrafos de mente borgiana han fantaseado con la idea de dar cuenta de algunas de sus obras no escritas, y de hacerlo en forma de libro. [...] Ese ágrafo jubilado (cabe perfectamente jubilarse de la agrafía, como de cualquier otra profesión) se deleitará lo suyo con el trabajo de describir el libro que no escribió, y se divertirá inventando una etimología disparatada en virtud de la cual «describir» venga precisamente de «describir». [p. 82]

La escritura como juego de espejos

El ágrafo sabe que la escritura es un espejo de dos caras, en una de las cuales el autor se mira sabáticamente a sí mismo para hallar complacencia, deleite y descanso, mientras que en la otra se mira el lector para encontrar su rostro más inteligente, más sensible y más virtuoso. [...] La lucidez sobre la verdadera naturaleza de la escritura conduce derechamente a la agrafía. [p. 110]

Montaigne

El lector de Montaigne sabe perfectamente que el autor al que está leyendo puede elegir a voluntad entre convertir su vida en libro y mantenerla a resguardo de lectores ociosos. [...] La verdad de Montaigne es que su vida se ha necrosado en un libro

magnífico; su mentira, que en ese libro pueda rastrearse a cada paso la vida que en él se expresa. La verdad de sus lectores es que, si pasaran su vida a libro, esa obra rebosaría de vida, y vida de verdad, por todas partes; su desgracia, que semejante libro, por ser, en efecto, pura y rebosante vida, seguramente no merecería que nadie lo leyese. [p.153]

ANTONIO VALDECANTOS (Madrid, 1964) enseña filosofía moral en la Universidad Carlos III. Teórico y ensayista cuyas posiciones en el pensamiento actual no son siempre cómodas de localizar, se ha ocupado, entre otras tareas, de someter la idea vigente de la cultura a una ácida desfiguración que algunos han calificado de materialista (en libros como *El saldo del espíritu* o *Filosofía de la caducidad*), así como de proponer un cuadro muy poco habitual de la ideología dominante en la modernidad tardía (véase, por ejemplo, *La excepción permanente*), o de abogar por el desmantelamiento de la idea moderna de la moral (sobre todo en *La fábrica del bien* y en *La clac y el apuntador*).

PRÓLOGO

José Manuel Cuesta Abad (Mieres, 1967) es profesor de Teoría de la Literatura en la Universidad Autónoma de Madrid y ensayista. Se licenció en Filología en la Universidad de Oviedo con una tesina sobre hermenéutica, dirigida por Carmen Bobes, y se doctoró en Letras Modernas en la Universidad de Bolonia con una tesis sobre Borges, dirigida por Umberto Eco. Entre sus libros cabría citar *Ficciones de una crisis: poética e interpretación de Borges*; *La palabra tardía: hacia Paul Celan*; *Juegos de duelo: la historia según Walter Benjamín*, o *La transparencia informe. Filosofía y literatura de Schiller a Nietzsche*. Su último libro es *Demoliciones. Ensayos sobre literatura y destrucción*.

CUBIERTA

Javier Roz (Plasencia, 1975) es artista plástico. Para La uña RoTa ha ilustrado las portadas de *Inquieto*, de Kenneth Goldsmith; *Pose*, de Alberto Olmos; *La nada y las tinieblas*, de Fridegiso de Tours y Tomás Pollán; *En la pausa*, de Diego Meret, y *A vueltas quietas*, de Samuel Beckett. Su lema: «Nulla dies sine linea». javierroz.blogspot.com.es

Misión del ágrafo

Antonio Valdecantos

Prólogo de José Manuel Costa Abad

Ediciones La uña RoTa

Colección Libros del Apuntador

ISBN: 978-84-95291-39-4

160 pp. / 14 euros

20 aniversario de La uña RoTa

www.larota.es